

El gran Gatsby

COLECCIÓN
NARRATIVAS

F. SCOTT FITZGERALD

El gran Gatsby

Traducción de Óscar Luis Molina

Tajamar
Editores

The Great Gatsby

© F. Scott Fitzgerald, 1925

© Tajamar Editores Ltda., 2012

Mariano Sánchez Fontecilla 352, Las Condes. Santiago

Teléfono: (56-2)-2245.7026 / 2245.7028 / 2245.7032

www.tajamar-editores.cl

e-mail: info@tajamar-editores.cl

Inscripción en el Registro de Propiedad Intelectual: 229.056

ISBN: 978-956-9043-31-4

Composición: Salgó Ltda.

Diseño de portada: José Bórquez

Impreso en Chile/*Printed in Chile*

Primera edición: mayo 2013

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio,
ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia,
sin autorización previa del editor.

Ponte entonces el sombrero de oro
si eso la conmueve;
si puedes saltar alto, salta también para ella
hasta que grite “¡amante, tocado de oro y
que saltas alto, tengo que tenerte!”

—Thomas Parke D’Invilliers*

* Personaje de la primera novela de Scott Fitzgerald, *A este lado del paraíso*. [N. del E.]

*Para
Zelda
una vez más*

Capítulo I

Durante mis años más jóvenes y vulnerables mi padre me dio un consejo que desde entonces no ha cesado de habitar mi mente.

“Cada vez que creas que tienes que criticar a alguien”, me dijo, “solo recuerda que no toda la gente de este mundo ha contado con las ventajas de que tú has gozado”.

Solo me dijo eso, pero siempre hemos sido insólitamente comunicativos de un modo muy discreto y comprendí que en realidad me quería decir mucho más. Me inclino, por consiguiente, a evitar todo juicio, un hábito que me ha abierto la posibilidad de conocer a muchas personas curiosas y también ha facilitado que sea víctima de no pocos fastidiosos. La mente anormal detecta y se apega rápidamente a ese rasgo de carácter cuando se manifiesta en una persona normal. Y ocurrió entonces que en la universidad me acusaron injustamente de “político” por enterarme de las secretas congojas de diversos desconocidos no muy recomendables. No busqué la mayoría de esas confidencias. A menudo fingía dormir o estar preocupado o bien mostraba cierta ligereza hostil cuando alguna señal indudable me advertía que una revelación íntima asomaba en el horizonte: las confidencias de los jóvenes, o por lo

menos las palabras con que las expresan, suelen ser plagios y padecer de evidentes supresiones. Retener el juicio implica infinita esperanza. Todavía tengo un ligero temor a perder algo si olvido —como con cierto esnobismo sugirió mi padre y yo repito aquí del mismo modo— que hay un sentido de las decencias básicas que desde el nacimiento mismo tenemos repartido de manera desigual.

Y ahora, después de jactarme así de mi tolerancia, debo admitir que tiene sus límites. La conducta puede fundarse sobre roca dura o sobre húmedos pantanos. Pero al cabo de cierto punto no me importa en qué se apoya. Cuando regresé del Este el pasado otoño, creía desear que el mundo vistiera uniforme y estuviera para siempre en una especie de atenta posición moral de firmes. No deseaba más turbulencias con vistazos privilegiados del corazón humano. Solamente Gatsby, la persona que da su nombre a este libro, quedaba al margen de mi reacción. Gatsby, que encarnaba todo aquello que me inspira un inmutable desdén. Si la personalidad es una serie continua de gestos exitosos, había entonces en él algo esplendente, cierta potenciada sensibilidad a las promesas de la vida, como si estuviera vinculado a una de esas máquinas complejas que registran sismos a miles de kilómetros de distancia. Esta receptividad no tenía relación alguna con esa flácida sensiblería que dignifican con la expresión “temperamento creativo”. Era, en cambio, un don extraordinario para la esperanza, una disposición romántica que después no he hallado en nadie y que no creo que vuelva a encontrar jamás. No. Gatsby terminó muy bien. Lo que lo acechaba, el polvo engañoso que flotaba en la estela de sus sueños, fue lo que clausuró

por un tiempo mi interés en las penosas frustraciones y en los fugaces entusiasmos de los hombres.

Mi familia ha sido importante, de muy buen pasar, en esta ciudad del Medio Oeste durante tres generaciones. Los Carraway son una especie de clan, y una tradición familiar dice que descendemos de los duques de Buccleuch. Pero el verdadero fundador de mi linaje fue el hermano de mi abuelo, que llegó aquí en 1851, consiguió que alguien lo remplazara en la Guerra Civil y empezó el negocio mayorista de ferretería que mi padre maneja hasta hoy.

Nunca vi a ese tío abuelo, pero se supone que me parezco a él, lo cual se refiere especialmente al retrato bastante severo que cuelga en el despacho de mi padre. Me titulé en New Haven en 1915, exactamente un cuarto de siglo después que mi padre, y poco después participé en esa tardía migración teutónica conocida como la Gran Guerra. Disfruté tanto del contraataque que regresé inquieto. En lugar del cálido centro del mundo, el Medio Oeste me pareció entonces el límite averiado del universo. Decidí marcharme al Este y aprender el negocio bursátil. Todos mis conocidos estaban en el negocio bursátil, así que supuse que podía mantener a más de un hombre soltero. Mis tíos y tías comentaron el caso como si estuvieran eligiéndome una escuela primaria. Finalmente dijeron “¿por qué no?” con expresión sumamente seria y vacilante. Mi padre aceptó financiarme por un año, y después de varias postergaciones llegué al Este en la primavera de 1922, creyendo que sería para siempre.

Lo más práctico era encontrar alojamiento en la ciudad, pero hacía calor y yo acababa de dejar una comarca de praderas amplias y amistosos árboles, así que me pareció una gran idea la de un joven de la oficina que me propuso alquilar una casa en un pueblo vecino. Encontró la casa. De una planta, de madera ligera y ajada por el tiempo, costaba ochenta dólares mensuales. Sin embargo la empresa lo envió a último momento a Washington y tuve que marcharme al lugar sin más compañía. Pero tenía un perro —por lo menos lo tuve unos días hasta que se escapó— y un viejo Dodge. Y contaba con una finlandesa que me hacía la cama, me preparaba el desayuno y murmuraba dichos fineses junto a la estufa eléctrica.

Estuve así un par de días hasta que una mañana me detuvo en la calle un hombre que había llegado allí después que yo.

—¿Cómo se llega a West Egg? —me preguntó, como desamparado.

Se lo dije. Y mientras continuaba caminando ya no me sentía solo. Era un guía, un explorador, un colono originario. El hombre me había conferido fortuitamente la libertad del vecino.

Y así entonces, con la luz del sol y la gran explosión de hojas en los árboles, que crecían velozmente tal cual ocurre con la cámara rápida del cine, tuve una vez más la convicción de que la vida comienza y recomienza con el verano.

Tenía tanto que leer por una parte y por otra tanta salud que extraer del joven aire puro... Compré una docena de volúmenes sobre bancos, créditos, inversiones y seguros, y

allí estaban en mi estante todos a la espera, rojos y dorados como moneda recién acuñada, prometiendo desplegar los brillantes secretos que solo han conocido Midas, Morgan y Mecenas. Y además tenía la valiosa intención de leer muchos otros libros. En la universidad era bastante aficionado a leer. Un año escribí una serie de muy solemnes y obvios editoriales para el *Yale News*. Pero ahora pretendía reincorporar todas esas cosas a mi vida y volver a ser un prototipo del más limitado de todos los especialistas, un “hombre bien cultivado”. Y esto no es mero lugar común: la vida, al cabo, se puede contemplar mucho mejor desde una ventana única.

Fue una suerte que alquilara una casa en una de las comunidades más extrañas de Norteamérica. Se encontraba en esa estrecha y bulliciosa isla que se extiende hacia el este de Nueva York y donde hay, entre otras curiosidades naturales, dos insólitas formaciones de tierra. A treinta kilómetros de la ciudad, un par de enormes huevos, de contorno idéntico y solo separados amablemente por una bahía, se adentran en la extensión de agua salada más domesticada del hemisferio occidental, el gran corral húmedo del Long Island Sound. No son óvalos perfectos —como el huevo de Colón están aplastados allí donde se apoyan—, pero su parecido físico debe resultar una fuente de confusión perpetua para las gaviotas que los sobrevuelan. Sin embargo, sus diferencias constituyen, para quienes no tenemos alas, un fenómeno más llamativo en todos sus aspectos a excepción del tamaño y de la forma.

Vivía en West Egg, el sector, bueno, el sector menos elegante de los dos, aunque decirlo así es una manera en

extremo superficial de expresar el contraste curioso y no poco siniestro que hay entre ambos sectores. Mi casa estaba en la punta misma del huevo, a solo cuarenta metros del brazo de mar, comprimida entre dos solares enormes que se alquilaban por mil doscientos o mil quinientos dólares la temporada. El situado a mi derecha era un asunto colosal desde cualquier punto de vista, una imitación en la práctica de algún Hôtel de Ville normando, con una torre a un costado, esplendente y nueva bajo una delgada barba de yedra silvestre; contaba con una piscina de mármol y más de mil seiscientos metros de césped y jardín. Era la mansión de Gatsby, o, mejor, ya que no conocía al señor Gatsby, una mansión habitada por un caballero de ese nombre. Mi propia casa era una monstruosidad, pero una monstruosidad muy pequeña en la que nadie reparaba, y desde ella alcanzaba a ver el agua y gozaba de una vista parcial del césped de mi vecino y de la consoladora cercanía de millonarios; y todo por ochenta dólares mensuales.

Al otro lado de la amable bahía relucían en el agua los palacios blancos del elegante East Egg. La historia del verano comienza verdaderamente la tarde que me trasladé allí a comer con los Buchanan. Daisy era una prima y a Tom lo conocí en la universidad. E inmediatamente después de la guerra había pasado dos días con ellos en Chicago.

El marido, entre diversos logros físicos, había sido uno de los más potentes punteros que alguna vez jugaron fútbol* en New Haven, una figura nacional en cierto modo, uno de esos hombres que alcanzan una excelencia tan

* Se refiere al fútbol americano. [N. del E.]

estrictamente delimitada a los veintiún años que todo lo posterior sabe a anticlímax. Su familia era enormemente rica —incluso en la universidad llegaba a molestar su liberalidad con el dinero—, pero ahora se había marchado de Chicago y viajado al Este de una manera que casi te dejaba sin aliento. Había traído consigo una tropa de caballos de polo de Lake Forest. Costaba comprender que un hombre de mi generación tuviera riqueza suficiente para eso.

No sé por qué vinieron al Este. Habían pasado un año en Francia, por ninguna razón particular, y después derivaron sin pausa por aquí y por allá, dondequiera jugaban al polo y se reunía gente rica. Era una mudanza definitiva, me dijo Daisy por teléfono; pero no le creí. No podía ver en el corazón de mi prima, pero me parecía que Tom se movería siempre, y siempre con algo de melancolía, en busca de la dramática turbulencia de algún irrecuperable partido de fútbol.

Y así fue como en un atardecer cálido y ventoso me trasladé a East Egg a visitar a dos viejos amigos a quienes apenas conocía. Su casa resultó aun más sofisticada de lo que esperaba, una mansión colonial georgiana de vibrantes rojos y blancos sobre la bahía. El césped empezaba en la playa y cubría más de trescientos metros en dirección a la puerta principal, flanqueando relojes de sol y senderos de ladrillos y jardines llameantes; terminaba, como impulsado por el recorrido ascendente, al llegar a la casa encaramándose por sus costados como brillante enredadera. Varias puertaventanas quebraban el frontis, resplandecían con el reflejo de la luz dorada y estaban abiertas a la tarde cálida y ventosa. Tom Buchanan, con ropa de montar, de pie con las piernas separadas, parecía esperar en el portal.

Había cambiado desde sus años en New Haven. Ahora era un hombre fuerte de pelo rubio pajizo, de treinta años, con una boca más bien dura y de aspecto general altivo. Dos ojos de brillo arrogante habían establecido dominio en su rostro y le daban la apariencia de estar siempre inclinado hacia adelante de manera agresiva. Ni siquiera lo ostentoso y hasta afeminado de su traje de montar podía ocultar el poder enorme de un cuerpo que parecía llenar esas botas radiantes hasta apretar sus lazos; y podías apreciar el desplazamiento del gran paquete de músculos dorsales cuando movía los hombros bajo la tela delgada de la chaquetilla. Era un cuerpo capaz de una potencia enorme, un cuerpo cruel.

Su voz, al hablar, de un tenor rasposo y bronco, aumentaba la impresión de irritabilidad que de él emanaba. Y en ello había un matiz de displicencia paternal, incluso para con las personas que le simpatizaban. En New Haven más de alguien lo había detestado por eso.

“No creas que mi opinión sobre este asunto es mi última palabra”, parecía decir, “solo porque soy más fuerte y más hombre que tú”. Pertenecíamos a la misma hermandad universitaria y aunque nunca fuimos íntimos siempre tuve la impresión de que me aprobaba y deseaba serme simpático aunque pareciera intentarlo con algo de esa ansiedad desafiante y dura que le era tan propia.

Conversamos unos minutos en el soleado portal de la casa.

—Me he conseguido un lugar agradable —dijo, y sus ojos centelleaban inquietos mirando en todas direcciones.

Me cogió del brazo y me hizo girar. Describió un amplio ademán con su mano ancha y plana para mostrarme la vista de enfrente, que incluía un jardín italiano en desnivel, doscientos metros de rosas de profundo perfume penetrante y un bote a motor que oscilaba con la marea junto a la ribera.

—Perteneía a Demaine, el petrolero.

Me volvió a girar hacia la casa, amable y abruptamente a un tiempo.

—Entremos.

Avanzamos por un alto y amplio pasillo hasta un espacio de brillante color rosado, ligado frágilmente a la casa por puertaventanas en cada extremo. Las ventanas estaban abiertas de par en par y relucían blancas contra el césped, que parecía ingresar ligeramente en la casa. Sopló una brisa por el cuarto, empujó las cortinas hacia adentro a un extremo y hacia afuera al otro, como pálidas banderas, retorciéndolas en dirección a la congelada torta de novia del cielo raso y después ondulándolas por la alfombra color vino y formando una sombra en ella como el viento hace sobre el mar.

El único objeto por completo inmóvil en la habitación era un enorme sofá donde dos mujeres jóvenes permanecían como suspendidas en un globo sujeto por un ancla. Ambas vestían de blanco y sus ropas ondeaban y flameaban como si acabaran de volver volando de un breve viaje por la casa. Me debo haber quedado un momento escuchando el aleteo de las cortinas y el crujido de un cuadro en la pared. Entonces hubo un estruendo: Tom Buchanan cerró las ventanas traseras y el viento, capturado, cesó de

circular por el cuarto, y las cortinas y la alfombra y las dos jóvenes aterrizaron lentamente.

No conocía a la menor de las dos. Estaba tendida cuan larga era a un extremo del diván, completamente inmóvil, con la barbilla levemente alzada como si en ella mantuviera en equilibrio algo a punto de caer. Si me alcanzaba a ver por el rabillo del ojo, no dio señales de ello. Y estuve en un tris de murmurar una disculpa por haberla perturbado acercándome a la habitación.

La otra joven, Daisy, hizo ademán de levantarse, se inclinó ligeramente hacia adelante, muy consciente de sí misma, rió enseguida de manera absurda, breve, encantadora, y yo también reí e ingresé al cuarto.

—La felicidad me pa... paraliza.

Volvió a reír, como si acabara de decir algo muy ingenioso, y me retuvo la mano un momento sin dejar de mirarme a la cara insinuando así que no había nadie en el mundo a quien deseara ver tanto como a mí. Era uno de sus modos de actuar. Y en un murmullo me dijo que el apellido de la chica equilibrista era Baker. (Me habían dicho que Daisy, con esos murmullos, pretendía que la gente se inclinara hacia ella: una crítica irrelevante que en nada disminuía su encanto.)

En todo caso los labios de la señorita Baker temblaron, inclinó la cabeza imperceptiblemente hacia mí y de pronto volvió a echar la cabeza hacia atrás: era evidente que el objeto que estaba equilibrando se había movido y esto como que la había asustado. Una vez más estuve a punto de insinuar una disculpa. Me deja atónito casi cualquier exhibición de autosuficiencia.

Volví a mirar a mi prima, que empezaba a hacerme preguntas con esa voz baja y cargada de emociones, tan suya. Era el tipo de voz cuyo vaivén sigue el oído como si cada elocución fuera un arreglo de notas que nunca más volverán a ejecutarse. Tenía un rostro triste y delicioso que incluía cosas brillantes, ojos brillantes y una boca apasionada y brillante; pero en su voz había una excitación que los hombres que la habían amado no lograban olvidar fácilmente: una compulsión al canto, un susurrado “escuchen”, el anuncio de que acababa de hacer cosas divertidas y excitantes y la promesa de que en el futuro inmediato acechaban otras cosas divertidas y excitantes.

Le conté que me detuve durante un día en Chicago mientras viajaba al Este y que una docena de personas le habían enviado saludos.

—¿Me extrañan? —exclamó, extasiada.

—La desolación cunde en la ciudad. Todos los automóviles han pintado de negro la rueda trasera en señal de duelo y en la ribera norte hay un lamento persistente por la noche.

—¡Fantástico! Volvamos, Tom. ¡Mañana mismo!

Y entonces agregó como si se tratara de un detalle sin importancia:

—Tienes que conocer a la bebé.

—Me gustaría.

—Está durmiendo. Tiene tres años. ¿Nunca la has visto?

—Nunca.

—Bueno. Tendrás que verla. Está...

Tom Buchanan, que había estado dando vueltas sin pausa por el cuarto, se detuvo y me puso una mano en el hombro.

—¿Qué estás haciendo, Nick?

—Soy corredor de bolsa, esclavo de los bonos.

—¿Con quiénes?

Se lo dije.

—Nunca los he oído mencionar —observó, tajante.

Esto me molestó.

—Ya oirás —respondí, cortante—. Si te quedas en el Este.

—Oh, no te preocupes, me quedaré en el Este —dijo mirando de paso a Daisy como si estuviera alerta por algo más—. Sería un verdadero loco de patio si viviera en otra parte.

En ese momento la señorita Baker dijo “¡totalmente!” tan de pronto que me sobresaltó. Era la primera palabra que pronunciaba desde que yo había entrado a la habitación. Y evidentemente la sorprendió tanto como a mí, porque bostezó y se puso de pie con una serie de movimientos rápidos y diestros.

—Estoy tiesa —se quejó—. No recuerdo desde cuando estoy recostada en este sofá.

—No me mires a mí —intervino Daisy—, que toda la tarde he estado tratando de llevarte a Nueva York.

—No, gracias —dijo Daisy a los cuatro cócteles que acababan de traer—. Estoy en plena dieta.

Su anfitriona la contempló, incrédula.

—¡Qué va!

Y se bebió su trago como si fuera una gota al fondo de un vaso.

—No logro entender cómo haces para terminar algo —agregó.

Contemplé a la señorita Baker, preguntándome qué habría “terminado”. Me gustó mirarla. Era una chica esbelta, de pechos pequeños, que se mantenía muy erguida, rasgo que acentuaba echando hacia atrás los hombros como un cadete joven. Sus ojos grises, entrecerrados por el sol, me devolvieron la mirada observándome con curiosidad en medio de un rostro pálido, encantador y descontento. Entonces creí haberla visto antes, o un retrato suyo, en alguna parte.

—Vives en West Egg —observó despectivamente—. Conozco a alguien allí.

—No conozco a nadie...

—Tienes que conocer a Gatsby.

—¿Gatsby? —preguntó Daisy—. ¿Qué Gatsby?

Pero se anunció la comida antes de que pudiera responder que era mi vecino. Tom Buchanan, imperioso, me tomó con fuerza y limpiamente del brazo y me sacó de la habitación como si estuviera moviendo una ficha del juego de damas.

Elegantes y lánguidas, con las manos levemente apoyadas en las caderas, las dos mujeres jóvenes nos precedieron hacia afuera, a una terraza de color rosa que daba a la puesta de sol; allí el viento hacía titilar cuatro velas en la mesa.

—¿Por qué *velas*? —objetó Daisy, frunciendo el ceño y las apagó golpeándolas con los dedos—. Dentro de dos

semanas será el día más largo del año —agregó, radiante, mirándonos a todos—. ¿Y acaso esperan siempre al día más largo del año y luego se lo pierden? Yo siempre espero el día más largo del año y después me lo pierdo.

—Tenemos que planear algo —bostezó la señorita Baker, sentándose a la mesa como quien se acuesta en la cama.

—Muy bien —dijo Daisy—. ¿Cuál es el plan?

Se volvió hacia mí como pidiendo ayuda.

—¿Qué están planeando?

Antes de que pudiera decir algo, sus ojos se concentraron con una expresión de temor en su dedo meñique.

—¡Miren! —se quejó—. Me he hecho daño.

Todos miramos. Tenía amoratado un nudillo.

—Fuiste tú, Tom —dijo acusadoramente—. Sé que no querías hacerlo, pero lo hiciste. Esto me pasa por haberme casado con un bruto, un espécimen grande, pesado...

—No me gusta esa palabra —objetó Tom, molesto—. Ni siquiera en broma.

—Pesadísimo —insistió Daisy.

A veces ella y la señorita Baker hablaban al mismo tiempo, sin obstaculizarse y en un tono de chanza, incoherente, sin que nunca llegaran verdaderamente a conversar, una charla tan fría como sus vestidos blancos y sus ojos impersonales donde todo deseo brillaba por su ausencia. Estaban aquí, me aceptaban y aceptaban a Tom, solo hacían un agradable esfuerzo amable por atendernos y que las atendiéramos. Sabían que esta comida acabaría pronto y que poco después también la tarde acabaría y se la dejaría de lado sin más. Era por completo distinto en el Oeste,

donde una velada se apresuraba de etapa en etapa hasta su término previéndose continuamente un desencanto o bien temiéndose nerviosamente el momento mismo.

—Me haces sentir poco civilizado, Daisy —le confesé mientras bebía mi segundo vaso de vino blanco con algo de sabor a corcho pero bastante bueno—. ¿No podrías hablar de cosechas o de algo así?

No me refería a nada en particular con esa observación, pero fue recogida de un modo inesperado.

—La civilización se está destruyendo —intervino Tom, violentamente—. Me he vuelto terriblemente pesimista. ¿Has leído *El auge de los imperios de color* de un tal Goddard?

—No, ¿por qué? —le respondí, algo sorprendido por su tono.

—Es un buen libro y todo el mundo tendría que leerlo. La idea es que la raza blanca, si no la cuidamos, va a... quedar completamente sumergida. Es material científico, todo está demostrado.

—Tom se está volviendo muy profundo —dijo Daisy, con una expresión de impensada tristeza—. Lee libros profundos que tienen muchas frases largas. ¿Cuál era esa palabra que...?

—Bueno, todos esos libros son científicos —insistió Tom, mirándola de reojo, impaciente—. Este tipo ha elaborado todo muy bien. Nos corresponde a nosotros, que somos la raza dominante, vigilar que esas otras razas no tomen el control de las cosas.

—Tenemos que reventarlas —susurró Daisy, parpadeando con ferocidad en dirección al sol ardiente.

—Debieran vivir en California... —empezó a decir la señorita Baker, pero Tom la interrumpió y se acomodó pesadamente en su silla.

—La idea es que somos nórdicos. Yo lo soy y tú lo eres y tú, y... —vaciló un instante y después incluyó a Daisy con una leve inclinación de cabeza— y hemos producido todas las cosas que constituyen la civilización... la ciencia y las artes y todo eso. ¿No lo ven?

Había algo patético en su concentración, como si su autocomplacencia, más aguda que antaño, ya no le bastara. Casi en ese mismo instante sonó adentro el teléfono y el mayordomo salió de la terraza y Daisy aprovechó la momentánea interrupción y se inclinó hacia mí.

—Te voy a contar un secreto familiar —susurró con entusiasmo—. Sobre la nariz del mayordomo. ¿Quieren saber algo sobre la nariz del mayordomo?

—Por eso vine a verlos esta noche.

—Bueno, no siempre ha sido un mayordomo. Solía encargarse de pulir la platería de cierta gente de Nueva York que tenía una vajilla de plata para doscientas personas. Tenía que abrillantarla desde la mañana hasta la noche, lo cual terminó por afectarle la nariz...

—Y las cosas fueron de mal en peor —sugirió la señorita Baker.

—Sí. Las cosas fueron de mal en peor y finalmente tuvo que dejar el cargo.

Los últimos rayos de sol caían afectuosa y románticamente en su encendido rostro. Su voz me obligaba a adelantarme sin aliento mientras la escuchaba. Pero el resplandor fue menguando, cada fragmento de luz la

abandonaba dejando atrás una especie de pena persistente como la de los niños que se marchan de una calle agradable al atardecer.

Regresó el mayordomo y murmuró algo a Tom al oído. Tom frunció el ceño, empujó hacia atrás su silla y entró a la casa sin decir palabra. Daisy, como si su ausencia pusiera algo en marcha en su interior, volvió a inclinarse hacia adelante, otra vez con la voz brillante y cantarina.

—Me encanta tenerte en casa, Nick. Me recuerdas... una rosa, una maravilla absoluta. ¿No es así?

Al decir esto se volvió hacia la señorita Baker, a la espera de una confirmación e insistió:

—¿No es una maravilla absoluta?

No era cierto. No soy ninguna maravilla. Ni de lejos. Ella estaba improvisando, pero de su interior fluía una calidez conmovedora como si su corazón pugnara por salir hacia ti oculto en una de esas palabras cargadas de emoción y sin aliento. Entonces, de súbito, arrojó la servilleta en la mesa, se disculpó y entró a la casa.

La señorita Baker y yo intercambiamos una mirada breve y conscientemente desprovista de significado. Estaba a punto de decir algo cuando ella se irguió en la silla, alerta, y dijo “silencio” en tono de advertencia. Se alcanzaba a oír un murmullo sordo y vehemente en la habitación contigua, y la señorita Baker se inclinó desvergonzadamente para escuchar mejor. El murmullo temblaba al borde de la incoherencia, se desvanecía y volvía a sulfurarse. De pronto cesó por completo.

—Ese señor Gatsby de que hablaste es mi vecino
—dije.

—No hables. Quiero escuchar lo que sucede.

—¿Está pasando algo? —pregunté inocentemente.

—¿Me estás diciendo que no sabes nada? —exclamó la señorita Baker, honestamente sorprendida—. Creía que todos lo sabían.

—Yo no.

—Pues —dijo, vacilante—, pasa que Tom tiene una mujer en Nueva York.

—¿Tiene una mujer? —repetí, impasible.

La señorita Baker asintió con la cabeza.

—Podría tener la decencia de no telefonarle a la hora de la comida. ¿No te parece?

Casi antes de que captara lo que quería decirme hubo el revuelo de un vestido y el taconeo de unas botas de cuero. Tom y Daisy regresaban a la mesa.

—¡No se pudo evitar! —proclamó Daisy, vivaz y tensa.

Se sentó y miró inquisitivamente a la señorita Baker y después me miró a mí. Continuó:

—Estuve mirando afuera unos minutos y todo está ahí muy romántico. Hay un pájaro en el césped, creo que debe ser un ruiseñor que ha llegado con la Cunard o la White Star Line. Está cantando. Romántico, ¿verdad, Tom?

Y su voz cantaba.

—Muy romántico —dijo él, y agregó con cierta tristeza, dirigiéndose a mí—: Si después de comer hay luz suficiente quiero llevarte a los establos.

El teléfono resonó en la casa, sobresaltándonos, Daisy movió la cabeza de manera significativa en dirección a Tom y el tema de los establos, en realidad todos los temas, se desvaneció en el aire. Entre los fragmentos quebrados

de los últimos cinco minutos en la mesa recuerdo que volvieron a encender las velas, sin objeto, que yo era consciente de querer mirar a todos a la cara y sin embargo evitaba las miradas. No podía adivinar qué pensaban Daisy y Tom, pero dudo que incluso la señorita Baker, que parecía haber dominado un endurecido escepticismo, pudiera apartar por completo de la mente la estridencia metálica apremiante de ese quinto invitado. A cierto tipo de personalidad esta situación podía parecer intrigante, pero mi propio instinto me inclinaba a telefonar inmediatamente a la policía.

No hace falta decir que no se volvió a mencionar a los caballos. Tom y la señorita Baker, con algunos metros de crepúsculo entre ambos, caminaron hacia la biblioteca como quien se dirige a velar un cuerpo perfectamente tangible. Yo, entretanto, tratando de parecer agradablemente interesado y un tanto sordo, seguí a Daisy por un encadenamiento de terrazas hasta el pórtico principal. En la profunda penumbra del lugar nos sentamos juntos en un sofá de mimbre.

Daisy se tomó la cara con las manos como si deseara sentir su encantadora belleza y movió gradualmente los ojos hacia la oscuridad de terciopelo. Pude apreciar que la embargaban emociones tumultuosas, así que le hice lo que creí serían preguntas tranquilizadoras acerca de su hijita.

—No nos conocemos muy bien, Nick —dijo de pronto—. Aunque somos primos. No viniste a mi boda.

—No había regresado todavía de la guerra.

—Es verdad. Bueno, lo he pasado muy mal, Nick, y ahora soy bastante cínica.

Dijo esto último después de vacilar un momento. Y parecía evidente que tenía razones para su cinismo. Esperé, pero no agregó nada más. Al cabo de un momento volví a insistir, sin mucho convencimiento, en el tema del bebé.

—Supongo que habla y... come y todo eso.

—Oh, sí —dijo. Tenía la mirada ausente—. Escúchame, Nick. Déjame que te diga lo que dije cuando nació. ¿Te gustaría saberlo?

—Mucho.

—Te mostraré cómo he llegado a sentir sobre... las cosas. Bueno, ya había pasado más de una hora y Tom no estaba por ninguna parte. Desperté de la anestesia con una sensación tremenda de abandono y de inmediato pregunté a la enfermera si era niño o niña. Me dijo que era una niña, así que miré a un costado y lloré. “Muy bien”, me dije, “me alegro que sea una niña. Y espero que sea tonta, que es lo mejor que puede ser una niña en este mundo, una bella tontita”.

—Verás que creo que en todo caso todo es terrible —continuó, convencida—. Todos creen eso... la gente más progresista. Y sé que he estado en todas partes y visto de todo y hecho de todo —y ahora le destellaban los ojos de un modo desafiante, casi como a Tom, y reía afectada y desdeñosa—. ¡Sofisticada, Dios mío, soy sofisticada!

No bien se le quebró la voz y cesó de exigir mi atención y forzar mis creencias, pude apreciar la básica ausencia de sinceridad de cuanto me había dicho. Me sentí incómodo, como si toda la velada hubiera sido una especie de truco para extraer de mí una emoción que la acompañara. Esperé. Y así fue: de pronto me miró con una sonrisa de

absoluta satisfacción en su encantadora cara, como si hubiera confirmado su membresía en una distinguida sociedad secreta a la cual ella y Tom pertenecieran.

La habitación púrpura resplandecía de luz al interior de la casa. Tom y la señorita Baker estaban sentados, cada uno a un extremo de un largo sofá, y ella leía en voz alta *The Saturday Evening Post*. Las palabras, un murmullo sin inflexiones, fluían juntas formando una melodía apaciguadora. La luz de la lámpara, brillante contra las botas de Tom y apagada contra el cabello amarillo otoñal de la joven, destellaba en el periódico al doblar ella las páginas con un ligero temblor de los esbeltos músculos del brazo.

Alzó una mano para que calláramos un momento cuando entramos a la habitación.

—Continuará —dijo ella, dejando la publicación sobre la mesa— en el próximo número.

Reacomodó el cuerpo con un veloz movimiento de la rodilla y se puso de pie.

—Las diez de la noche —observó como si hubiera descubierto la hora en el techo—, conviene que esta buena chica se vaya a la cama.

—Jordan va a competir mañana en el torneo —explicó Daisy—. En Westchester.

—Oh... eres *Jordan Baker*.

Ahora sabía por qué su cara me resultaba conocida. Esa expresión de complacido desdén se me había mostrado en muchas fotografías de la vida deportiva en Asheville y Hot Springs y Palm Beach. También había oído algo de

una historia suya, una historia crítica y desagradable, pero hacía tiempo que había olvidado de qué trataba.

—Buenas noches —dijo suavemente—. Despiértenme a las ocho, por favor.

—A ver si te levantas.

—Lo haré. Buenas noches, señor Carraway. Nos veremos.

—Por cierto que lo verás —confirmó Daisy—. En realidad me parece que voy a organizar un matrimonio. Vuelve a menudo, Nick, y ya veré cómo me las arreglo para juntarlos. Ya sabes, los encierro accidentalmente en un armario y los dejo a los dos en un bote en el mar, ese tipo de cosas...

—Buenas noches —repitió la señorita Baker desde la escalera—. No he oído nada.

—Es una chica muy simpática —dijo Tom al cabo de un momento—. No debieran dejar que ande suelta por el país de este modo.

—¿Quiénes no debieran? —preguntó Daisy, fríamente.

—Su familia.

—Su familia es una tía vieja de casi cien años. Por lo demás, Nick se va a ocupar de ella, ¿verdad, Nick? Ella pasará aquí muchos fines de semana este verano. Y creo que la influencia hogareña le será muy beneficiosa.

Daisy y Tom se miraron un momento en silencio.

—¿Es de Nueva York? —pregunté rápidamente.

—De Louisville. Pasamos allí los años inocentes de la infancia. Nuestros bellos años...

—¿Le abriste el corazón a Nick en la terraza? —preguntó de pronto Tom.

—¿Lo hice? —preguntó mi prima, mirándome—. Me parece que no lo recuerdo, pero creo que hablamos sobre la raza nórdica. Sí, estoy segura. El tema nos había inquietado y lo primero que...

—No creas todo lo que oyes, Nick —aconsejó Tom.

Dije de buen humor que no había oído nada en absoluto, y pocos minutos después me levanté para volver a casa. Me acompañaron a la puerta y se quedaron de pie en un radiante recuadro de luz. Daisy me dijo algo perentoriamente cuando arrancaba el motor:

—¡Espera!

—Olvidé preguntarte una cosa importante. Supimos que estabas comprometido con una chica del Oeste.

—Así es —corroboró Tom amablemente—. Nos han dicho que estás comprometido.

—Es un libelo. Soy demasiado pobre.

—Pero nos dijeron eso —insistió Daisy, sorprendiéndome al abrirse una vez más como una flor—. Nos lo han dicho tres personas distintas, así que debe ser cierto.

Por supuesto que sabía a qué se referían, pero ni siquiera estaba comprometido vagamente. Y el que los chismes hubieran publicitado el asunto era una de las razones por las cuales me había venido al Este. No puedes cesar de salir con una vieja amiga por culpa de los rumores, y por otra parte no estaba dispuesto a que estos me empujaran al matrimonio.

Su interés casi consiguió conmoverme y me los hizo ver menos remotamente ricos. No obstante, me sentía confuso y algo disgustado mientras me alejaba. Me parecía que Daisy debía largarse de la casa con la niña en

brazos, pero aparentemente esa intención no le cabía en la cabeza. Y en cuanto a Tom, el que “tuviera una mujer en Nueva York” era en realidad menos sorprendente que estuviera deprimido por haber leído un libro. Algo le estaba haciendo coquetear con ideas podridas como si su sólido egotismo físico ya no fuera capaz de alimentar a su apremiante corazón.

Ya estábamos en la plenitud del verano sobre los techos de las casas y enfrente de los galpones del camino donde paños de luz bañaban a las nuevas gasolineras rojas. Cuando llegué a mi residencia de West Egg dejé el automóvil en su cobertizo y me senté un rato en una podadora de césped abandonada en el patio. El viento había cesado de soplar y dejado la noche brillando con sus ruidos propios, con algo como alas que golpeaban los árboles y un insistente sonido de órgano que surgía de las entrañas de la tierra con la vitalidad renovada de los sapos. La silueta de un coche en movimiento atravesó temblando la luz de la luna y al volver la cabeza para observarlo advertí que no estaba solo: a unos quince metros de distancia había emergido una figura desde las sombras de la mansión de mi vecino y estaba de pie con las manos en los bolsillos mirando la pimienta plateada de las estrellas. Algo en la soltura de sus movimientos y en la firme posición de sus pies sobre el césped me sugería que debía de ser el propio señor Gatsby que había salido para establecer qué parte era la suya en los cielos nuestros.

Decidí hablarle. La señorita Baker lo había mencionado en la comida y esto serviría como presentación. Pero no le hablé, porque de pronto pareció indicar que se

sentía bien estando solo: tendió los brazos hacia las oscuras aguas de un modo extraño, y aunque me encontraba bastante lejos podría haber jurado que estaba temblando. Miré involuntariamente hacia el mar y no distinguí nada a excepción de una única luz verde, diminuta y distante, que podría haber sido el final de un muelle. Cuando volví a mirar hacia Gatsby, este había desaparecido y otra vez me encontraba solo en la inquieta oscuridad.

